

tra quien lleve armas; pena de muerte contra quien sea sorprendido en una escala de seda pendiente de un balcon; pena de muerte contra el reincidente en falso testimonio. Durante sus diez y ocho primeros años de vireinato, Pedro de Toledo hizo perecer, sólo en la ciudad de Nápoles, por mano del verdugo, diez y ocho mil personas y envió otras tantas á galeras (1), habiendo, por otra parte, arrancado al país veinte millones de monedas de oro (2). La política de sus sucesores consistió en excluir á la nobleza de todas las cargas, en sacarle dinero y en imponerle humillaciones; pero manteniendo en sus manos los derechos feudales que le permitian oprimir á su vez al pueblo. Con esto, los señores del reino venian á ser simples colectores de impuestos, pues el real fisco les chupaba la sustancia luégo que ellos habian chupado la sangre al pueblo. Cuanto más numerosos eran, tanto más se acercaban á la materia imponible y tanto más se hallaban en aptitud de prestar servicios. Habia sólo en el reino de Nápoles ciento diez y nueve príncipes y ciento cincuenta y seis duques (3). España les vendía el señorío feudal sobre los pueblos: de cerca de dos mil pueblos sólo habia sesenta y nueve que se pudieran llamar reales (4); los demás pertenecian á los señores. Los Orsini tenian cuarenta y cuatro pueblos; un Celano treinta y cuatro, un Matera veinticinco. Los pueblos que compraban su independencia, volvian á caer luégo bajo el mismo yugo, bien por no poder pagar los vencimientos de los empréstitos contraidos para su emancipacion, bien porque la corona los revendiera. No dejaban de estar sujetos á las exacciones los pueblos que tenian amo: las cargas de justicia se conferian al que más ofrecia por ellas, y el agraciado recobraba muy luégo el anticipo á fuerza de derechos de justicia; á veces el alcalde transigia con el juez señalándole un sueldo fijo para satisfacer su codicia (5).

Los mismos desórdenes habia en las relaciones comerciales. A veces se elevaba el interés

1586 Don Juan de Zúñiga, conde de Miranda.  
1595 Don Enrique de Guzman, conde de Olivares.  
(Doc. inéd. tom. XXIII, pág. 163).

(1) Palermo, *Narrazioni e documenti nella storia del regno di Napoli*, Firenze, 1846. Carta de Francesco Balbi al dux Cosme de Medicis, del 12 mayo 1550.

(2) *L'istoria d'Italia nell'anno 1547* di Camilo Porzio, publicada por Agust. Gervasio, Neapoli, 1839, p. 88.

(3) Reumont, los *Caraffas*, pág. 99 de la traduccion inglesa. Esta estadística es de 1675.

(4) En 1586. Reumont, los *Caraffas*, p. 82.

(5) Alberi, t. V, p. 276. Rel. ven. Girolamo Lippomano, 1575.

á treinta por ciento (6); ó bien decidía el virey que no restituyeran los banqueros más que el décimo de los depósitos (7).

Con este sistema enviaba todos los años el reino de Nápoles, con todos los gastos pagados, dos millones y medio de ducados á España á título regular y un millon como donativo gracioso. Pero hay que añadir á estas sumas las que se llevaban los vireyes y sus comisarios: era una tradicion fielmente seguida desde Gonzalo de Córdoba, que habia acaparado los granos durante el hambre de 1505 y ganado cuarenta mil ducados mientras gran número de hombres sucumbieron bajo el azote. Los simples hidalgos soportaban con el pueblo el peso de estas cargas y sufrían además las vejaciones con la alta nobleza: el duque de Osuna les hacia esperar, no en la antesala, pero sí en la sala con los guardias y los mendigos (8); el marqués de Mondejar daba paso á su bastardo sobre todos los marqueses del reino; la mujer de un virey (9) golpeó públicamente con su zapato las mejillas y espaldas de la mujer de un juez y amenazó muchas veces con el mismo castigo á las damas de su corte.

Los napolitanos habian esperado emanciparse imitando á la nobleza flamenca. Su sociedad secreta de los *Blancos* hubo de espantar mucho á Felipe II para que exclamara: «Perdido tenemos el reino de Nápoles» (10). Entonces envió de virey á Don Pedro Tellez de Giron, duque de Osuna.

Osuna era un hombre duro y frio: su divisa, grabada aún en su sepulcro, dice: «Si el vivir es hermoso, el morir es ganancioso.» Osuna espantó á la nobleza amenazándola con desencadenar el populacho; disolvió la sociedad de los *Blancos*, y castigó al pueblo, luégo que lo vió abandonado por la aristocracia. Un motin intentó disputarle sus presos: la represion fué vigorosa (11); fueron ahorcados cuarenta hombres: «no eran sino gente del pueblo, descalzos, descamisados, viles» (12).

Aquellos pobres hombres eran más temibles en las montañas que en las calles de Nápoles.

(6) En 1573, en el momento en que los Ravaschieri de Génova se declaraban en quiebra, quiebra que los enriqueció lo bastante para comprar los títulos de duques, de Cardenal y de Girifalco y los de príncipes de Sutriano y de Belmonte.

(7) *Cronaca di notar Giacomo*.

(8) Pietro Riccarelli á Fernando de Médicis en la *Coleccion de Palermo*, p. 294.

(9) La marquesa de Monterey, cuyo marido fué virey de 1631 á 1637, bajo el reinado de Felipe IV.

(10) *Doc. inéd.* t. XXIII, p. 163.

(11) Herrera, t. II, p. 463.

(12) *Doc. inéd.* t. XXIII.

Los *fuorusciti* ó bandoleros eligieron (1) á uno de entre ellos por rey de Nápoles, á Marco Berardi, á quien se ha llamado *el rey Marcone*. Residia en la Calabria con una guardia de seiscientos hombres regularmente pagada; conferia privilegios, firmaba decretos, mantenía secretarios. Despues de él, Marco Sciarra en los Abruzzos (2) llegó á saquear ciudades, á secuestrar obispos, á sostener una campaña contra ejércitos de cuatro mil hombres: en todos los pueblos tenia espías que le daban avisos; los frailes de muchos monasterios (3) daban asilo á los bandidos hostigados por las tropas españolas; llevaban sus despachos, buscaban

compradores para su botin. Marco Sciarra acabó por tratar en 1592 con la república de Venecia y pasó á su servicio.

Este recurso de la montaña no era á menudo posible á los nobles. Estos no tenían más remedio que buscar protectores: unos se casaban con una española pobre, pero de casa influyente; otros se refugiaban en España y pasaban los dias en los bancos de las antesalas. Así Marco Antonio Colonna, amenazado de desgracia, bien que su hijo Fabricio hubiera muerto al servicio de Felipe II en la guerra de Portugal, abandonó la Italia, se consumió en largas pretensiones y murió en Madrid (4).

## CAPITULO VIII

1584-1588

SITIO DE AMBERES.—EXPEDICIONES DE LEICESTER

### I.—Sitio de Amberes

Alejandro Farnesio no perdió tiempo para recoger el fruto de la muerte del príncipe de Orange. En ménos de dos meses tomó á Dendermonde, Vilvorde y Gante (5), y preparó la anexion de Bruselas, Malinas y Amberes (6). En esta consternacion general, no tenia en su contra más que al agente francés Pruneaux, que pedía fondos á Enrique III para asegurar la influencia francesa (7), que conducia á Ruan á los delegados de los Estados, sin poder presentarlos al rey, que habia partido para Lyon al tener noticia de su llegada, «por lo cual se deseaba Pruneaux cien veces la muerte» (8).

El príncipe de Orange dejaba un hijo mayor que estaba retenido, más de quince años hacia, en manos de los jesuitas de Madrid, dos hijos libres y siete hijas. De los dos hijos libres, el uno tenia diez y siete años, era el Gran Mauricio, el hijo de Ana de Sajonia; el otro, Enri-

(1) Siendo virey el duque de Alcalá.

(2) Siendo virey el conde de Miranda.

(3) Como los Benedictinos de Montevergine, cerca de Avellino, y los religiosos de Troja en la Pulla. Véase la *Colec. de Palermo*, página 447, cartas del nuncio Giacomo Aldobrandini.

(4) D'Ossat á Enrique III, 24 set. 1584, tom. I, p. 2.

(5) El 17 de agosto, 7 y 17 setiembre de 1584.

(6) Marzo, julio y agosto de 1585.

(7) *Colec. de Groen Van Prinsterer*, segunda serie, t. I, pág. 4.

(8) Ms. de la Haya, citado por Motley, the United Netherland, tom. I, pág. 54.

que, hacia poco que lo habia dado á luz Luisa de Coligny.

Mauricio fué elegido jefe de las Provincias Unidas, bajo la tutela de un consejo de diez y ocho miembros (9); pero su edad le impedia el mando del ejército. Su cuñado Hohenlo, alemán, de estatura gigantesca, que estaba siempre ebrio, fué elegido por los Estados como jefe militar. Un bastardo de Orange, llamado Justino, viene á ser almirante en lugar del bravo Treslong, que habia merecido los celos de los agitadores de la democracia y estaba en la cárcel pública (10). En fin, Marnix de Santa Aldegonda, pedante que no poseia ninguna de las cualidades propias para obtener autoridad sobre los hombres, fué colocado en el puesto más temible, en el de burgomaestre de Amberes.

Alejandro Farnesio va á sitiar á Amberes: con Amberes tendrá á la vez á Holanda y á Inglaterra. Es el momento decisivo: lo cree así, y sin escuadra emprende el bloqueo de un puerto marítimo (11).

Farnesio tenia entonces treinta y seis años,

(9) Brabante, 3 miembros; Flandes, 2; Holanda, 4; Zelanda, 3; Utrecht 2; Malinas, 1; Frisia 3.

(10) En Midelburgo. Davison to Bourghley, 28 febr. 1585.

(11) Véanse para el sitio de Amberes, Cabrera, t. III, p. 82; Le Petit, t. II, p. 500.—Cabrera escribe sobre los apuntes de un oficial español; Le Petit estaba en Amberes. La narracion de este sitio es la obra maestra de Lothrop Motley.

y estaba animado por la idea de ejecutar la empresa más extraordinaria del siglo. A la inversa de los holandeses que habían llevado la mar á Leiden para libertar su ciudad, Alejandro Farnesio intenta apartar de la mar á Amberes para atacarla cuerpo á cuerpo. Instálase en Herenthals y clava las primeras estacas de un dique gigantesco que cierra el Escalda, atraviesa los pantanos, salva los canales, se apoya en sus circunvalaciones sobre firmes reductos, lo eriza todo de artillería y amenaza al mismo tiempo á la escuadra por fuera, y á las murallas de Amberes por dentro de sus líneas.

Amberes había ya decaído mucho de su antiguo poderío. El amago de un sitio hizo salir de la ciudad á los forasteros, á los enfermos, á muchos niños, y el censo de 25 de octubre de 1584 indica solamente noventa mil habitantes. La inferioridad de un municipio sujeto á los embrollos y pequeñeces populares, enfrente de un ejército bien disciplinado, hace ya presentir el desenlace. Al principio se opone á la inundación de los prados el gremio de carniceros en interés de su ganado que paca en ellos; al cabo de algunos días, cuando ve que el dique de Alejandro va dominando los prados, sale de su obcecación; pero el mal está ya hecho. Después se organizan los comités de defensa, todos rivales, todos agitados, poseedores todos de secretos maravillosos: la comisión de municiones, la de fortificaciones, la de marina, que construye un navío gigantesco. El precio de los víveres se eleva rápidamente: durante las primeras semanas algunas naves holandesas fuerzan el bloqueo «á la misericordia del cañon,» y traen víveres sacrificando parte de sus tripulaciones, «los unos muertos, los otros sin brazos ni piernas;» pero hacen pagar este riesgo, lo que irrita á la democracia: así, los magistrados del pueblo, aturcidos por las reclamaciones, fijan el máximo del precio de los artículos; pero inmediatamente cesan los holandeses de exponer su vida, absteniéndose de llevar provisiones que no pueden vender libremente. Y comienza el hambre, y llega el invierno, y el dique sigue avanzando siempre. En vano los desbordamientos del Escalda y las tempestades socavan los terraplenes ó el granizo deteriora la obra de fábrica: Alejandro permanece en medio de los operarios, repara los desperfectos, completa la red de sus líneas y pone la última viga el 25 de febrero de 1585: aquel día tiene el Escalda su freno y su rienda. —Si vierais nuestros trabajos, escribe Alejan-

dro á Felipe II, nos estimaríais más, no nos tendríais en el olvido, no nos abandonaríais á privaciones tales, que estamos en vísperas de morir de hambre.

Felipe II, dado enteramente á sus quimeras de Escocia y de Francia, malgasta su dinero con el duque de Guisa, sin advertir siquiera á Farnesio; le oculta igualmente la formación de la Liga, y no la deja conocer en Flandes hasta tres meses después; pierde de vista á Amberes que tiene bajo la mano y al heroico ejército de Farnesio, que sucumbe víctima de las privaciones.

El italiano Giannivelli de Mantua, alquimista, hechicero, mecánico, estaba casado con una hija de Amberes, y se ofreció á destruir el dique. Al intento recibió dos navíos, construyó en la sentina de cada uno de ellos cámaras de albañilería, encerró en ellas hasta siete mil libras de una pólvora brillante de su propia invención, y sobrecargó estos polvorines flotantes de piedras tumulares, de ruedas de molino, de rejas de arado y de pedruscos. Un muelle de reloj había de aflojarse en un momento preciso y hacer que estallara la pólvora. Giannivelli hizo que acompañaran á estos dos navíos hasta unos diez brulotes para apartar de ellos la atención de los españoles. En la noche del 3 al 4 de abril de 1585, la flotilla infernal baja el Escalda silenciosamente, oscila en la marea y alumbra con sus luces los mosquetes y corazas de los españoles. Los brulotes se desvían fácilmente; uno de los navíos-polvorines encalla en la orilla, pero el otro va á chocar con el dique en el momento en que el muelle de reloj produce la explosión de la pólvora. Estremécese el Escalda, salta el agua de su lecho, y el dique, el fuerte, todo desaparece. Alejandro es también derribado contra un muro á la violencia de la presión; dos de sus tenientes caen muertos á su lado (1), más de mil españoles quedan destrozados y se abre una brecha de doscientos pasos.

Pero muy luego sale de su aturdimiento Alejandro, se presenta, llama á millares de operarios y aquella misma noche cierra con ellos la brecha.

Esta catástrofe quebrantó profundamente la energía de los españoles: el recuerdo de esta noche helará su valor en momentos por otra parte decisivos. Ya comienzan las desertiones. —Mis alemanes se retiran todos, escribe Ale-

(1) El marqués de Richebourg y Robles, hijo de la nodriza portuguesa de Felipe II.

jandro á Felipe II; van á ponerse al servicio de Francia, donde el país «es más ventajoso para el pillaje.» Pero él sigue aferrado á su plan, desgarnese todo el país y queda preparado contra otra nueva calaverada de los sitiados.

El dique más expuesto era el del Kowenstyn que podía hostilizarse á la vez por los navíos de la ciudad y por los de mar afuera, aunque bien armado con tres fuertes, el Santa Cruz, el Mondragon y el Santiago. El domingo, 26 de mayo, á las dos de la madrugada apareció otra flotilla de brulotes que descendía sobre el Kowenstyn: á la sazón estaba Alejandro inspeccionando un campamento á cuatro leguas de distancia. Los españoles, que preveían una nueva explosión, se encierran en sus casamatas y miran cómo llegan y se consumen los brulotes, sin observar que al mismo tiempo llegan hasta doscientos barcos holandeses. El bastardo Justino desembarca en el dique el ejército de los Estados al mando de Hohenlo. En un instante ocupan tres mil hombres el Kowenstyn, rechazan las tardías salidas de los españoles y los estrechan en sus reductos. Ya acude á la cita la escuadra de Amberes, da la mano á los holandeses por encima del dique y echa en tierra colchones y sacos llenos de tierra. Atrinchéranse contra los fuertes españoles, hacen trabajos de zapa en el dique, y reúnen el Escalda con el mar. Por momentos se va ensanchando la brecha; se arriesga á pasar una barca zelandesa, Hohenlo salta á bordo, entra en Amberes y es aclamado por el pueblo. Santa Aldegonda se da prisa en dejar el combate para compartir su triunfo; llegan á la casa de la ciudad, donde se vacían toneles de cerveza; los burgueses saltan de la cama para reunirse con los vencedores y se celebra ruidosamente la liberación de la ciudad.

Pero los fuertes españoles quedaban intactos á uno y otro lado de la brecha. Uno de los coroneles italianos, Ferrante Spinola, ha caído prisionero y es conducido á Amberes para realzar la gloria de Hohenlo; otro coronel, Camilo Capizucca, declara que quiere vengarlo siquiera hubiese de dar solo el ataque; el belga Mansfeld, que manda uno de los fuertes, dice á su hijo:—Carlos, hijo mio, es preciso vencer ó morir.—Hombro con hombro y adelante, exclama á su vez Don Juan de Aguilar.

Esta rivalidad entre naciones empuja á todos los hombres contra los holandeses con una especie de ferocidad; pero las dos escuadras bar-

ren el dique con su artillería: los holandeses son tenaces detrás de sus colchones al rededor de los bordes de la brecha cada vez más amplia, y rechazan á los sitiadores á sus fuertes.

En aquel momento resuena un clamor inmenso en todos los destacamentos que coronan los reductos españoles y se escalonan sobre las dunas. Es que llega Alejandro Farnesio.



Octavio Farnesio, duque de Parma

Ve cortado su dique, la mar entrando en su ciudad, los fuertes coronados por las dos escuadras. Llama de todos los puestos del dique y de las estacadas á todo su ejército y lo lanza á la brecha. En doscientos pasos de largo y seis de ancho se batan «como perros rabiosos,» por espacio de hora y media. Rechazados cuatro veces los españoles, ven á su frente cuando vuelven á la carga á su coronel D. Pedro Paz, que había caído muerto, nueve meses ántes, bajo los muros de Dendermonde: su mismo talante, su coraza misma... es él. Este caso de alucinación contagiosa muestra la eficacia con que exaltaba á sus soldados el prestigio de Alejandro Farnesio. Los soldados se precipitan siguiendo al fantasma: el español Torralba es el primero que salta á las trincheras y cae muer-